

## ESTADOS DE LA MATERIA

Gregorio Echeverría  
STATUS OF THE MATTER



**A**lguna tarde, después de barrer las hojas de los robles, echar algo de comida a los pájaros y recoger la ropa colgada, me sentaba bajo el limonero. Y es como si el aire se espesara, congelado el cotorreo de horneros y zorzales y acallado el arrullo de las torcazas y las palomitas de la virgen. Ni ranas ni grillos. Ni voces, por supuesto.

Para mí los crepúsculos fueron siempre mágicos. Nombrarlos es ya evocar pasajes de la infancia que navegan en redondo con las velas plegadas, esperando sólo el empuje del vientito que las primeras sombras habrán de traernos desde el río.

*Cuando el sol toca a su ocaso y el horizonte se cubre de áureos reflejos, cuando los árboles están muy quietos porque los pájaros duermen en sus nidos, cuando la primera estrella brilla a través de la ventana del cuarto de Nene, ha llegado la hora de emprender el viaje al País de los Sueños.*

Mi primer libro de cuentos es creo también mi primer recuerdo. Y el recuerdo acaso de la madre que siempre soñé que tenía pero solamente venía a mi lado por las noches y se parecía muy poco a ella. En esa hora imprecisa entre las últimas luces y las primeras sombras está el límite.

El limonero tiene su propia historia. Un arbolito chueco y enfermizo de un vivero de Del Viso.

Tal vez esa misma chuequera, esa debilidad insalvable, son los callados y secretos vínculos que una y otra tarde me anclan en silencio debajo de sus ramas. *Era la tarde y la hora.* Los versos del casi tatarabuelo lamen con suavidad las arenas de mi playa dolorosa de negaciones y fracturas. Mis huesos recuerdan un yeso que no ha pasado de los sesenta días reglamentarios y la consabida muleta y el necesario bastón. Pero el corazón y el alma acusan rastros más hondos, menos cicatrizados. Heridas que no hubiera logrado componer el cirujano más hábil ni el yesero más diestro. Heridas que con el tiempo se han ido convirtiendo en pesadillas y mucho más tarde en poemas.

Debajo del limonero se me ocurrió la idea. Sobre mi mesa de trabajo dormitan carillas inconclusas, unas cartas que releo con usura cuando el aerosol ya es insuficiente, el mapa invisible de un tesoro que sólo yo me atrevo a convocar cuando el mercurio trepa la pared de las retortas y amenaza con inundar la habitación. Se me ocurrió recordando un poema en que Vallejo habla de sus huesos húmeros.

Al pensarlos recuerdo a mi vez -sin razón lógica aparente- la peluda cuestión de los valores de cambio y los valores de uso. Casi insensatos conceptos de economía política pegados en el fondo del vaso desde los años de facultad. Fondo que hábilmente el quía (mi terapeuta) trata de revolver y rascar en las sesiones de los viernes, pero que yo escamoteo con la habilidad que dan los años y los porrazos. El diablo sabe por diablo. Al fin de cuentas, mi vida es una seguidilla de proyectos y partidas. De naufragios y regresos. Claro, siempre hay un puerto hospitalario. Siempre alguna isla a mediodía. Un palenque. Un limonero. Siempre -casi siempre- una mano. Una sonrisa. Esas sonrisas otorgadas sin exigir nada a cambio. Casi todo lo que se siembra germina. Casi todo lo que germina florece. Casi todo lo que florece da fruto. Muy pocos frutos maduran. Porque hay que cortarlos antes de que los corte el vecino. Para llevarlos al mercado antes que lleguen los del vecino.

Estar debajo del limonero tiene precisamente esto de saltar con libertad de un recuerdo a otro. De un poema al anterior o al siguiente. Y después ese otro entretenimiento atrapante de intercambiar entre sí los versos de un poema. Después empezar con un poema y seguir con otro. Volviendo al primero o no. Da capo. Y terminar mezclando un verso de un poema de Khayyam con otro verso de Verlaine o uno de Prévert con otro de Juarroz. Sabemos ya que nadie inventa nada. Uno no hace sino caminar por la playa y meter las manos en el agua. Durante el día no ocurre. Pero al anochecer empiezan a llegar cosas. Pedazos de madera, las tapas de un libro mordisqueado por los cangrejos. El capuchón de una lapicera que perdimos en un recreo de primer grado. La primera lágrima de amor. El sabor del primer beso. El dolor de la primera despedida. Más tarde, si no hay luna, empiezan a quedar sobre la playa estrofas olvidadas, versos sueltos, algún título o la hoja de una revista, dos o tres pétalos de la flor seca que usábamos de señalador entre las páginas de Baudelaire o de Whitman. Y entonces uno se inspira y copia. Ignorando que bajo otros dolores y a la sombra de otras constelaciones también ellos metían las manos en el agua. Fingiendo ignorar que todo es una misma agua y el idéntico mar que alguna vez llevó las naves aqueas frente a Troya y también a maese Polo hacia las tierras del Gran Khan y al Corsario Negro contra la calma traicionera del Mar de los Sargazos. El agua primordial que ya era agua antes de que alguien uno separara las aguas de las aguas y las tinieblas de las tinieblas.

Siempre nos queda -siempre me quedó- el recurso zaino de manotear un nihil novum ab sole o cualquier otro lugar común de esos que nos sacan del paso cada vez que metemos las manos en un plato y en lugar de la tajada encontramos otras manos más hambrientas o por lo menos más rápidas que las nuestras. Conque sabemos (pretendiendo ignorarlo) que buena parte de los aplausos que agradecemos con una sonrisa displicente son en realidad para Novalis o para Quasimodo. Que con los años lo único cierto serán la salazón del agua y la soledad de la playa. Argumentando frente a la luna cuarteada de un espejo de campaña que también Quasimodo y Novalis han agradecido con sonrisas displicentes poemas que antes habrían sido aplaudidos a Eurípides o a Schiller.

No me parece justo esconder el hecho de que el limonero tampoco me pertenece. Una metáfora, en todo caso, sospechosamente emparentada con los olivos del Huerto. Con los cerezos del Jardín. Con el aroma del perdón. Con el pino de San Lorenzo. Con el manzano histórico. Con la encina del bosque de Nemi. Con el General Sherman. Con el limonero real (con Juani fuimos compañeros de facultad antes de que él partiera hacia los aplausos y yo hacia mis primeros arrepentimientos). Hasta diría, cayendo a lo más pedestre, con los arbolitos de Navidad. Pero hubo siempre árboles en mis experiencias y en muchos poemas. Yggdrasil. Las casuarinas de la isla. Los palos borrachos que nos tentaban con sus corolas blancas y rosadas y con sus pepinos rellenos de algodón. Miss Lucy, aquella maestra de inglés casada con un arqueólogo, trajo por primera vez a mi vida -aparte del sabor excesivo de la ginebra- la fascinación de la palabra sequoia. Y nos deslumbraba con las descripciones de Yellowstone y del Old Faithfull.

Hay también en la pequeña historia un paltero que dejó con los años su recuerdo, una herida y algún poema. Unos eucaliptus de una quinta en La Reja. Las tipas que bordeaban las veredas anchas de avenida Francia, en Rosario mi ciudad natal en medio de las pampas. Es difícil vaciar el vaso cuando empieza a subir el nivel del líquido más rápido que nuestra propia sed. Y uno recuerda las sanciones de Onan y no se atreve. La sed no es nada, Sprite es todo. ¿Quién me paga este chivo? Yendo bastante más atrás, está el baobab del Principito. El cedro del Arca. El olmo viejo herido por un rayo y en su mitad podrido. La higuera de doña Paula. La bignonia de Gastón. Uno sigue abriendo y abriendo cajoncitos y leyendo etiquetas. ¡Cuánto texto, cuánta información para tapar qué! Words, milord, only words... Una estrofa de Joaquín Castellanos capaz de matar un dinosaurio. *Allí un árbol frondoso en campo ameno / gentil se ostenta sobre verde alfombra / ocultando el cadáver que a su sombra / lívido cuelga de una rama en flor...*

Desde entonces se me ve sentado cada atardecer debajo del árbol. En verano los mosquitos me rodean zumbando, presintiendo en esta presencia intrusa detalles de sabe Dios qué historias de ciénagas y de fiebres. Pero ante mi impavidez terminan por aceptarme como una pieza propia del

pequeño mundo de arbustos y enredaderas. Con los primeros fríos resulta más duro el ejercicio. Pero poco a poco, una hora hoy, dos mañana, me voy adaptando a las inclemencias de la estación. Eso sí, el frío me dificulta las cosas. Consumida la última partida de aerosoles, recorro a una gimnasia respiratoria entresacada de Yogi Ramacharaka, Swami Vivekananda y Nacha Guevara. Aunque esta última me ha servido más bien para las visualizaciones. Curiosamente, siendo la menos consistente entre las diversas imágenes, conservo sin embargo el recuerdo nostálgico de nuestros primeros encuentros en el Di Tella. Era por supuesto otra época de ella. Y también mía, con lo cual todo queda en su debido lugar. Pero el manejo de las distintas prácticas me permite finalmente dominar primero el frío y luego incluso el rocío y la llovizna.

Nunca fui consciente de las razones que me llevaron a este hábito. Tal vez el darme cuenta de que a medida que se aquieta el cuerpo, todo va cobrando un ritmo más suave... más aceptable. Casi agradable. Por supuesto que al principio pesaban las obligaciones. Es increíble la fuerza con que las rutinas nos tironean y nos encadenan. Es más, la cuestión comenzó por pasar un rato tranquilo bajo el limonero, como para poner un paréntesis al cúmulo de llamadas telefónicas, facturas impagas, reclamos de acreedores, noticieros preocupantes y demandas parentales. Ultimamente, las noticias del mundo me invaden en cierto modo a contrapelo. A la radio del comienzo se sumaron la televisión primero e internet después. Es cuando descubrí que cada día ocurren más cosas en el mundo. Punto uno. Y que -casualmente- las cosas que pasan parecen seguir un proyecto o especie de libreto. Punto dos. En realidad, son casi siempre las mismas cosas, contadas de distinta manera. Con música más impactante. O con fotografías más truculentas. Alguien explicó que se trata de una respuesta obligada ante el hecho comprobable de que los niveles de percepción son cada vez más bajos. O que las neuronas vienen pinchadas.

Lo cierto es que el día se me hace corto. Conste que realicé el mayor esfuerzo por ordenar las cosas con cierta sensatez. Comenzando por espaciar las salidas. Hasta eliminarlas por completo. Descubrí que son casi innecesarias. El mundo puede venir a visitarme, llegado el caso. Además mi vida social

nunca fue abultada. Suprimí primero la siesta, un arrastre de provincia que me robaba horas semanales. Corté además las sobremesas y las tertulias, esa módica gimnasia que generalmente aprovechamos para que los demás se enteren de lo mucho que nos deben. Y que ellos -astutamente- utilizan para explicarnos cuánto uno les debe. Clearing dificultoso, ciertamente, que surge me parece de que usamos en cada una diferentes aritméticas y una vara nada fiel.

Comprobé finalmente -no sin satisfacción- que el mundo va aprendiendo a arreglarse sin mí. No crean que es fácil tomar conciencia de un hecho de tal magnitud. Uno teme por el destino del mundo. No somos Atlas pero en el fondo de cada corazoncito anida una pizca de responsabilidad, como una vocecita que nos recuerda constantemente obligaciones que estamos desatendiendo. Impuestos. Colectas. Misas. Festivales. Elecciones. Censos. Convocatorias de acreedores. Marchas de apoyo. Marchas de protesta. Ni hablar de las conyugales, maternas, paternas, filiales y fraternas. Es un punto más bien delicado y creo que no viene al caso.

La cuestión es que terminé instalándome debajo del limonero en forma permanente. O sea, para que se entienda: un atardecer de primavera, unos años antes de finalizar el siglo, me senté debajo del árbol y nunca más me moví de allí.

Vale la pena destacar que como este proceso se ha ido produciendo a lo largo de meses -años- no hubo demasiada sorpresa en el entorno. Los problemas más importantes de la familia hace tiempo



que se han archivado. De común acuerdo o no. Tal vez de común desacuerdo, que suena mucho más normal. Es increíble, pero una vez que uno asume la decisión de soslayar los problemas importantes, otra generación de nuevos problemas sube el escalón vacante. Deber ser -supongo- un mecanismo natural de conservación del equilibrio o cosa parecida. Como la cuestión de la entropía, para que me entiendan. O -mirándolo de otro modo- como una botella de Klein. Uno de entrada cae en la tentación de aceptar la camada postiza de problemas y los adopta feliz y contento.

Convengamos en que tener problemas le da a uno una agradable sensación de importancia. Y es que en el fondo cada uno sabe que debe estar en el momento preciso en el lugar adecuado para que todo siga andando. Bueno, la cosa se repite una, otra y varias veces. Depende de cada cual. Hasta que uno se da cuenta y para la pelota. Porque uno no es estúpido. En realidad no es así de simple. Pareciera que los problemas, creo con toda franqueza que no hablo de mi caso solamente, exhiben una especie de propiedad autogenerativa -o autoregenerativa- apuntada exclusivamente a reemplazar unos problemas por los subsiguientes. Creo que acá puede estar uno de los probables orígenes del dos por uno. Porque, eso sí, resolvés (o posponés) uno y te aparecen dos. O sea que al llegar a la docena la cosa se empieza a poner seria. Y si uno se detuviera a echar cuentas y a escribir una modesta lista ¡guau! Para que se entienda, problemas de un primer escalón serían, por ejemplo, el big bang, la teoría del origen de las especies, la manipulación genética o la propagación del sida. Ahí nomás tenés para diez o quince carillas. Después (bajando un poco) la vejez, el hambre, los cambios de clima, el agujero de ozono, etc. Siguiendo hacia abajo, podríamos encolumnar la clonación, el control de la natalidad, las insuficiencias sexuales. Más abajo aún, la corrupción, los escándalos del jet set, la mala leche de los kelpers, la mala leche de los palestinos, la mala leche del fondo monetario, para una genuina explotación en serie de mala leche. Suma y sigue ¿entendés? Calculá que nos dejamos afuera la contabilidad minuciosa de lo que se usa, de lo que se dice, de lo que se debe. Excluyo rubros obvios como la malaria, los piojos, la transexualidad, las infidelidades y el desempleo. Y dejo lugar -naturalmente-

para eventos que uno no puede soslayar aunque no los tenga en la lista. Por ejemplo el suicidio (¿...?) de Yabrán, la muerte de Rodrigo o el asesinato de Favalaro. Y que en el mismo momento de acaecer, ocuparán motu proprio su lugar en la escala. Amén de una sección aparte para Diego dixit, Madonna dixit, Su Santidad dixit, el General dixit... Está claro que la lista es abierta y prácticamente infinita. Paciencia es lo que sobra y necesidad de apuntar problemas también.

No por previsible la jugada pasó por alto. Porque una cosa es tener todos los días a mano un imputado a quien demandar, inculpar, justificar (o no), requerir, solicitar, ordenar, querellar, execrar, perdonar, no perdonar, descalificar, categorizar, ridiculizar, interrogar, cuestionar, etc. y otra bien distinta es de repente no tenerlo. Nadie lo hubiera sospechado. Pero esa última -previsible- jugada, pateo el tablero. La casa queda en silencio. Radio, tele, ladridos, rezongos, nada. Alguien se ocupa de enfundar el piano y el centro musical. Otro -o el mismo- piensa que es mejor desconectar el timbre de la puerta de calle, para ahorrarme sobresaltos. Se empieza a lavar todo a mano, para evitar los ruidos de la máquina lavarropas y el secador. Aspiradoras y lustradoras retornan a sus fundas y estuches y la limpieza vuelve a quedar a cargo de escobillones y plumeros. Se asordinan los teléfonos y hasta las alarmas, para prevenir disparos imprevistos.

Me sentí los primeros días algo incómodo. No por la novedad de la quietud y la postura, pues acreditaba ya una larga práctica. Sino porque estaban todo el día a mi lado. Al principio casi airados. Después, poco a poco, la bronca cedió paso a la curiosidad. Que se fue transformando a su vez en una suerte de resignación. Y finalmente nada. Indiferencia. U olvido. Tal vez ambas cosas. Percibirlos -no diría verlos o sentirlos- a mi alrededor, me producía al comienzo, como decía, alguna ligera incomodidad. Subrayo lo de ligera. Todo mi sistema comunicacional está también desconectado. Sé que hay que empezar a caminar hacia adentro, hacia un centro cuya ubicación exacta desconozco, pero que en alguna parte de mi interior está. Para quienes no han tenido alguna experiencia parasíquica, es como entrar en varias etapas a un estado de extrañamiento (no enajenación), una suerte de inmersión en un medio ni líquido ni sólido

do. Una como jalea translúcida que atenúa la luz, los sonidos y las formas.

Mi propia visión acerca de mí mismo es sentirme metido en una esfera de gelatina semiopaca. Por primera vez en muchísimo tiempo, dejé de preocuparme por la respiración. Por supuesto que del mismo modo dejé también de preocuparme por la piel y por la sangre. Pero me refiero especialmente a la respiración, porque más de la mitad de mi vida dependí -en el cabal sentido- de los aerosoles. Incluso no soportaba ni la idea de un encierro. Preocupación que también desapareció de mi pensamiento. Y cuando digo pensamiento, aquí es donde se produce tal vez el cambio más sensible. Antes de elegir este definitivo *modus vivendi*, ya que ni siquiera me atrevería a llamarlo *habitat*, mis mecanismos mentales eran los habituales. Un pensamiento por vez -dos a lo sumo- siguiendo una línea más o menos coherente. Separados (de modo casi imperceptible) por intervalos de silencio o quietud mental. Ahora, en cambio, todos mis pensamientos conviven instante por instante y no los siento asentados en ningún punto particular de mi cuerpo. Por cierto conservo intacta mi capacidad de hablar. No así la de escuchar. Y tampoco creo que ellos me escuchen, porque mientras les hablo me miran en silencio sin dar la mínima señal de comprensión. Claro que no es pensable que esta especie de gelatina que me rodea sea capaz de transmitir sonidos. Tampoco parece permitir la visión desde afuera, porque si me muevo no me siguen con la vista. En cambio yo los observo perfectamente, aún a través de este medio que hace como de absorbente o de filtro. Pero eso es todo. Por lo demás -y excepto que me cuesta apreciar el transcurso del tiempo- diría que la situación no es para nada incómoda y creo haber tomado una decisión conveniente.

Nosotros lo vemos bien. La inmovilidad es total. Pero el médico nos tranquilizó desde el primer día. Todos los signos vitales -apocados- están presentes. No hablamos de moverlo y el doctor piensa que no sería aconsejable por el momento. Todavía no sabemos cómo se alimenta. No ha querido abrir la boca ni para recibir líquidos. Pero por otra parte su rostro no denota sufrimiento ni malestar. Ni la respiración más tenue se aprecia. Pero respira. Tampoco se le suministra suero, aunque tenemos un frasco siempre a mano. Nos hubiera

gustado poderlo afeitar. Controlar el peso. Lavarlo. Pero los médicos están de acuerdo al respecto. Nada. Absolutamente nada por ahora. Salvo que él mismo manifieste alguna necesidad o deseo, lo mejor es estar cerca y observarlo todo el tiempo.

Cabe una posibilidad de que se trate de un estado transitorio. La enfermedad en sí no responde a nada conocido. En rigor de verdad, los médicos ni se animan a hablar de enfermedad. Para mí este hombre está más sano que usted y yo -fue la última confianza del neurólogo- pero no me pida que se lo ponga por escrito. La realidad es que casi no molesta. No parecen afectarlo el frío, el calor ni la lluvia. No requiere el menor cuidado. No necesita compañía. Creo -Dios me perdone- que nunca se lo vio más feliz. Y uno se acostumbra con el tiempo. Sobre todo sabiendo que está ahí. Que podemos verlo con asomarnos a la ventana y cada vez que vamos a sacar unos limones o a regar las plantas.

